



pasadas, y hacer con toda lealtad y cuidado lo que les encomendase; á los terceros mantuviese en justicia, mas no les encargase cuidado alguno ni gobierno del reino, como á personas que mirarian más por sus particulares que por el pro comun.

Llevaron su cuerpo de aquella ciudad en que falleció á la de Búrgos: acompañóle su hijo D. Juan, ya rey. Depositáronle en el sagrario de la iglesia mayor en la capilla de Santa Catalina; las honras le hicieron con real aparato y toda muestra de majestad. De allí le pasaron á Valladolid, y al fin del mismo año á una capilla que se labró á costa del rey en Toledo, en aquella parte de la iglesia mayor que estaba junto á la torre principal, en que por tradición de padres á hijos se tiene por cierto que puso los piés la sagrada Virgen cuando bajó del cielo para honrar á su siervo Ildefonso. Esta capilla, en tiempo del emperador D. Carlos, se pasó á otra parte, donde al presente están enterrados los cuerpos deste rey, de su hijo y nieto que le sucedieron, y de las reinas sus mujeres en seis sepulcros de obra curiosa y prima, cada uno con su letrero. Asisten en esta capilla, y en ella celebran los oficios, treinta y seis capellanes, con muy buenas rentas, que para sustentarse les señalaron y tienen. Mandósele sepultar con el hábito de Santo Domingo por el amor y devocion que él tenía á la memoria de aquel Santo, su pariente; de cuyo orden tenían otrosí costumbre los reyes de tomar confesor.

Murió tambien por aquel tiempo el rey moro, á quien sucedió Mahomad, llamado por sobrenombre el de Guadix, por la curiosidad que tuvo de hermostear y engrandecer aquella ciudad. Éste, por haber tenido el reino con quietud y sin alteraciones civiles, puede ser tenido por más aventajado y dichoso que todos sus antepasados. El rey de Aragon, aunque viejo y anciano, se tornó nuevamente á casar: tomó por mujer á Sibyla Fortia, que era una dama viuda de gran hermosura, por la cual la prefirió al casamiento con que le convidaban de Juana, reina de Nápoles. Tuvo dos hijos deste casamiento que murieron en su tierna edad, y una hija, llamada Isabel, que adelante casó con el conde de Urgél.

El rey D. Juan, concluido el enterramiento y honras de su padre, recibió en Búrgos en las Huelgas la corona del reino en edad que era de veintiun años y tres meses. Juntamente con él se coronó su mujer la reina doña Leonor. Armó caballeros á cien mancebos, la flor de la caballería, con las ceremonias que se acostumbraban en aquel tiempo. Demas desto á aquella nobilísima ciudad, por los gastos que en tal solemnidad le fué necesario hacer, y en premio de su bien probada lealtad, le hizo donacion de la villa de Pancorvo. Teníanse córtes en aquella ciudad, en que se establecieron muchas cosas: una, que el clérigo de menores órdenes casado pechase; pero que si fuese soltero, como trajese abierta la corona y hábito clerical, gozase del privilegio de la Iglesia. Fueron grandes las alegrías y fiestas que se hicieron por todo el reino por la coronacion del nuevo rey, tanto con mayor aficion y voluntad cuanto más confiaban que el hijo saldria semejable á su padre en todo género de virtud y caballería, porque era de noble condicion, dócil ingenio, apacibles costumbres, y un alma compuesta y inclinada á todas obras de piedad; no de precipitado ó arrebatado juicio, sino inclinado á oír el ajeno: era bajo de cuerpo, pero en su aspecto representaba majestad.

Luégo que tomó el cuidado del reino, lo primero en que puso mano, fué en señalarse por amigo de los franceses, y así hizo poner luégo á punto una armada, y enviarla contra Juan de Monforte, duque de Bretaña, á quien por el favor que daba á los ingleses, aquel rey y su consejo le dieron por enemigo de la corona de Francia, y con público pregon adjudicaron sus bienes y estado al fisco real. Corrió la armada toda la costa de Bretaña, y en ella ganó una fuerza que llaman Gayo. El rey pasó en Búrgos lo restante del estío. Esta pública alegría, dos cosas que acontecieron, la una la aguló algo, y la otra la aumentó. La primera fué que un judío, llamado Joseph Pico, muy principal entre los suyos y muy rico, fué muerto por engaño y envidia de su misma gente. Era éste recogedor general de las alcabalas reales y tesorerero, por donde vino á tener gran cabida y autoridad con todos. Algunos de su nacion, ju-



díos hombres principales (no se sabe por qué) le tenían mala voluntad, y con este odio dieron traza de matalle. Para esto por engaño sin entender el rey lo que hacia, ganaron una provision real en que mandaba fuese luégo muerto: cogieron de presto al verdugo real ó inducido con el mismo engaño, ó sobornado con dineros, lo cual se puede sospechar, pues tan de rebaño usó de su oficio. Acudieron á la casa de Joseph, que estaba bien seguro de tal caso, en que de improviso le acabaron. Conocido el engaño, se hizo justicia de los culpados, y se le quitó á esta nacion la potestad que tenía y el tribunal para juzgar los negocios y pleitos de los suyos: desórden con que habian hasta allí disimulado los reyes por la necesidad y apretura de las rentas reales, y ser los judios gente que tan bien saben los caminos de allegar dinero.

Materia de contento extraordinario fué el hijo que nació al rey en Búrgos á los cuatro de Octubre, sucesor que fué y heredero de sus estados: su nombre D. Enrique por memoria de su abuelo, y para que remedase su valor y virtudes. En fin deste año y principio del siguiente, que se contó de mil trescientos ochenta, las lluvias fueron grandes y continuas en demasia: salieron con las avenidas de madre los rios, rebalsaron los campos y las labradas y sembrados, en particular el rio Ebro cerca de Zaragoza rompió los reparos y tomó otro camino, de guisa que para hacelle volver á su curso se gastó mucho trabajo y dinero. De Búrgos pasó el rey á Toledo, ciudad en que de nuevo hizo las honras de su padre, y puso su cuerpo, como queda dicho, en su sepulcro de asiento. Partió para el Andalucia con intento de acudir á la ayuda de Francia contra los ingleses. Armó en Sevilla veinte galeras, con que el almirante Fernan Sanchez de Tovar, que iba por general, costeadas las riberas de España y de Francia, no paró hasta llegar á Ingalaterra, y por el rio Támesis arriba dar vista á la ciudad de Lóndres, cabeza de aquel reino, con gran menzua y cuita de aquella gente y ciudadanos, que veian la armada enemiga á sus puertas, talados sus campos, quemadas sus alquerías y casas de campo sin poderlo remediar.

La discordia entre los pontífices andaba más

viva que nunca: castigo de los muchos pecados del pueblo y de las cabezas. El mayor daño, y que hacia más incurable la dolencia, que cada cual de las partes tenia sus valedores, personas en letras y santidad eminentes, hasta señalarse con milagros. ¿Qué podía con esto hacer el pueblo? ¿Qué partido debia seguir? Ardía el pontífice Urbano en un vivo deseo de tomar enmienda de la reina de Nápoles, causadora principal de aquel cisma, ca si no fuera con su sombra, no acometieran los cardenales á ejecutar lo que hicieron. Para atender á esto con mayores fuerzas y más de propósito, hizo paces con florentines y perusinos, y otros pueblos que no le querian reconocer homenaje, y andaban alborotados. Convidó á Carlos, duque de Durazo, á pasar en Italia, con intencion que le dió y promesa de hacelle rey de Nápoles. Este Carlos estaba casado con Margarita, su prima hermana, hija que fué de su tio Carlos, duque de Durazo: marido y mujer eran viznietos de Carlos II, rey de Nápoles, como queda deducido de suso. Aceptó las ofertas del pontífice: ayudóle con gente y dinero Ludovico, rey de Hungría, por el odio que tenía contra la reina, por la muerte que dió á su marido Andreasso, hermano del húngaro. Demas desto, la soltura desta reina en materia de honestidad, era muy conocida. La grandeza y la fama de los príncipes corren á las parejas: así sus virtudes como sus vicios están á la vista de todos, y cuanto es mayor y más alto el lugar, tanto debe ser menor la libertad, por el ejemplo, que si es malo, cunde y empece mucho.

No se le encubrieron á la reina los intentos del pontífice y sus trazas. Sabia muy bien el aborrecimiento que comunmente le tenían, ocasionado de la torpeza de su vida. Recelábase por el mismo caso que no tendria fuerzas bastantes para contrastar á tan poderosos enemigos. No tenía sucesion, si bien se casó cuatro veces, la primera con Andreasso, al cual ella misma dió la muerte; la segunda con Ludovico, príncipe de Taranto, deudos el uno y el otro muy cercanos suyos; la tercera con don Jaime, infante de Mallorca, y últimamente tenía por marido á Othon, duque de Branzvique. Comunicóse con el otro pontífice Clemente, y



habido con él su acuerdo, determinó para desbaratar aquella tempestad y torbellino que contra ella se armaba, valerse de las fuerzas de Francia. Para esto prohió á Luis, duque de Anjou, príncipe muy poderoso. Dióle título de duque de Calabria, que era el que tenían los herederos de aquel reino de Nápoles. Hízose el auto de la adopción con la solemnidad necesaria en el castillo de aquella ciudad, llamado del Ovo, á los 29 de Junio. Principios de grandes alteraciones y guerras que adelante resultaron, en que entró también á la parte España finalmente, y el primer título que tuvieron aquellos duques de Anjou para pretender con tanta porfía y por tanto tiempo el reino de Nápoles; traza enderezada para defenderse la reina, y juntamente afirmar el partido del papa Clemente, que á la una y al otro prestó poco.

Falleció por este tiempo á trece de Julio el valeroso caudillo Beltran Claquin: tomóle la muerte en los reales, y en el cerco que tenía puesto sobre Castronuevo, pueblo de Bretaña. Su linaje ilustre, sus azañas esclarecidas; su padre se llamó Reginaldo Claquin, señor de Bronio, cerca de Rennes, ciudad muy conocida en el ducado de Bretaña. El oficio de condestable, que es muy preeminente en Francia, y vacó por su muerte, se dió poco adelante á Oliverio Clisson. Murió asimismo á los diez y seis de Setiembre Carlos rey de Francia en el bosque de Vincenas, que mandó en su testamento sepultasen el cuerpo de Claquin junto al suyo en San Dionisio, sepultura de aquellos reyes junto á París: honra muy debida á lo mucho que sirvió en su vida y á su valor. Sucedió en aquella corona Carlos, hijo del difunto, sexto deste nombre.

Al rey de Portugal aquejaba el cuidado de lo que sería de aquel reino despues de su muerte. La edad estaba adelante, no tenía hijo varón, ni esperaba tenelle. Doña Beatriz, habida en la reina, de la cual adelante se puso en duda si era legítima, en vida del rey D. Enrique quedó desposada con su hijo bastardo don Fadrique, duque de Benavente. No quiso el portugués, despues de muerto el rey D. Enrique, pasar por estos desposorios, ántes despachó sus embajadores al nuevo rey de Castilla,

que volvía del Andalucía, para pedille para su hija al infante D. Enrique, si bien era niño de pocos meses nacido: acuerdo poco acertado, sujeto á grandes inconvenientes, por la edad de los novios tan diferente y desigual. Todavía el rey D. Juan no desechó aquel partido por la comodidad que se presentaba de haber el reino de Portugal por aquel camino y juntalle con Castilla. Tratóse de las condiciones, y finalmente, en Soria, donde se juntaron las córtes de Castilla, se concertaron las desposorios que al cabo no surtieron efecto. Prendieron por mandado del rey al adelantado Pedro Manrique: cargábanle ciertas pláticas y tratos que decían con D. Alonso de Aragon, conde de Denia, en perjuicio del reino. La verdad es que murió en la prision sin dejar hijos. Sucedióle en aquel cargo y en sus estados su hermano Diego Manrique, merced que tenía bien merecida por su valor y los servicios que hiciera en la guerra de Navarra.

Era el rey de Francia de poca edad: tenía en su lugar el gobierno de aquel reino Luis, duque de Anjou, por aventajarse á los otros señores de Francia, y por el deudo que alcanzaba con aquella casa real. Recelábase el rey de Aragon no quisiese con aquella ocasion volver á la pretension del reino de Mallorca por el derecho que de suso queda tratado. Pero á él otro cuidado le aquejaba más, que era amparar la reina de Nápoles, y de camino asegurar para su casa la sucesion de aquel reino: acudió, sin embargo, el Rey D. Juan de Castilla, despachó embajadores á Francia para tratar de conciertos. Dió oídos el de Anjou á estas pláticas por quedar desembarazado para la empresa de Italia. Asentaron que vendiese á dinero el derecho que con dinero comprara, en que el Rey don Juan puso de su casa buena cantía en gracia de su suegro, y por el deseo que tenía no se alterase el sosiego de que en España gozaban.

Despachó otrosí embajadores al soldan de Egipto que de su parte le hiciesen instancia para que pusiese en libertad á Leon, rey de Armenia, que tenía cautivo, y se le murieran en la prision mujer y hija. Condescendió el bárbaro con aquellos ruegos tan puestos en razon. Soltó al preso, que envió con cartas que le dió



soberbias y hinchadas en lo que de sí decía, honoríficas para el rey D. Juan, cuyo poder y valor encarecía, y le pedía su amistad. Vino aquel rey despojado tres años adelante primero á Francia, dende á Castilla. Es muy propio de grandes reyes levantar los caídos, y más los que se vieron en prosperidad y grandeza. Recibióle el rey y hospedóle con toda cortesía y regalo; y para consuelo de su destierro y pasar la vida, le consignó las villas de Madrid y Andújar, con rentas necesarias y bastantes para el sustento de su casa. No paró mucho en España ántes dió la vuelta á Francia, con intento de pasar á Inglaterra para concertar aquellos reyes, y persuadilles que dejadas entre sí las armas, las volviesen con tanto mayor prez y gloria contra los enemigos de Cristo, los infieles de Asia. En esta demanda, sin efectuar cosa alguna, le tomó la muerte, y le atajó sus trazas como suele. En la iglesia de los monjes Celestinos de Paris, en la capilla mayor se ve el día de hoy un arco cabado en la pared, con un lucillo de mármol de obra prima con su letra que declara yace en él Leon, rey de Armenia.

Estaba el mundo alterado con el cisma de los romanos pontífices, y los príncipes cristianos cansados de oír los legados de las dos partes. Los escrúpulos de conciencia, que cuando se les da entrada se suelen apoderar de los corazones, crecían de cada día más. El rey determinó de hacer Córtes de Castilla para resolver este punto en Medina del Campo. Grandes fueron las diligencias que en ella los legados de ámbas partes hicieron, por entender que lo que allí se determinase, abrazaría toda España. No se conformaban los pareceres, unos aprobaban la eleccion de Roma, otros las de Fundi: los más prudentes juzgaban que como si hobiera sede vacante, se estuviesen á la mira; y que esta causa se debía dejar entera al juicio del concilio general. Entre estos dares y tomars parió la reina á los veinte y ocho de Noviembre un hijo que llamaron D. Fernando, que en nobleza de corazón y prosperidad de todas sus empresas excedió á los príncipes de su tiempo, y llegó á ser rey de Aragon por sus partes muy aventajadas.

Vinieron también á estas córtes gran número de monjes benitos: quejábanse que algunos señores, á título de ser patronos de sus ricos y grandes conventos, les hacían en Castilla la Vieja grandes desafueros, ca les tomaban sus pueblos é imponían á los vasallos nuevos pechos, avocaban á sí las causas criminales y civiles, y todas las demas cosas hacían á su parecer y albedrío contra toda orden de derecho, y contra las costumbres antiguas. Señaláronse jueces sobre el caso, varones de mucha prudencia, que pronunciaron contra la avaricia é insolencia de los señores, y decretaron que á ninguno le fuese lícito tocar á las posesiones y rentas de los conventos, y que sólo el rey tuviese la proteccion dellos, lo cual se guardó por el tiempo de su reinado.

Entre los cardenales que siguieron las partes de Clemente, fué uno D. Pedro de Luna, hechura del pontífice Gregorio, de muy noble alcuña entre los aragoneses, de vivo y grande ingenio, y muy letrado en derechos. Por esta causa Clemente le envió por su legado á España al principio del año de mil trescientos ochenta y uno, por ver si con su buena maña y letra podría atraer nuestra nacion á su parcialidad y devocion. En Aragon salió en vacío su trabajo, por no querer resolverse en tan grande duda el rey y sus grandes: con el rey de Castilla tuvo mayor cabida. Juntáronse en la córte los varones más señalados del reino, y gastados muchos días para la resolucion deste negocio, finalmente en Salamanca, para do trasladaron la junta, á veinte de Mayo dieron por nula la eleccion de Urbano, y aprobaron la de Clemente, que residía en Aviñon, como legal y hecha sin fuerza, en que parece atendieron á que residía cerca de España, y á la amistad del rey de Francia más que á la equidad de las leyes.

Muchos tuvieron por mal pronóstico y por indicio de que la sentencia fué torcida la muerte que vino á esta sazón á la reina doña Juana, madre del rey, santísima señora, y tan limosnera, que la llamaban madre de pobres: en su viudez trajo hábito de monja, con que también se enterró. Hízose el enterramiento en Toledo, junto á D. Enrique su marido, con célebre aparato, más por las lágrimas y sentimiento del



pueblo que por otra alguna cosa. Clemente trabajaba de traer á España á su devocion, como está dicho; y al mismo tiempo en Italia se mostraban grandes asonadas de guerra. D. Cárlos, duque de Durazo, vino de Hungría á Italia al llamado del pontífice Urbano: diéronle los florentines gran suma de dinero porque no entrase de guerra por la Toscana. En Roma le dió el pontífice título de senador de aquella ciudad y la corona del reino de Nápoles. Allí, desde que llegó, le sucedieron las cosas mejor de lo que él pensaba, que todas las ciudades y pueblos abiertas las puertas le recibían, hasta la misma nobilísima y gran ciudad de Nápoles,

La reina, por la poca confianza que hacia, así de su ejército, como de la lealtad de los ciudadanos, se hizo fuerte por algun tiempo en Castelnovo. Othon, su marido, fué preso en una batalla que se arriscó á dar á los contrarios, con que la reina, perdida toda confianza de poderse tener, se rindió al vencedor. Pusiéronla en prisiones, y poco despues la colgaron de un lazo en aquella misma parte en que ella hizo dar garrote á su marido Andreasso. Muerta la reina, dieron libertad á Othon para que se fuese á su tierra: con esta victoria la parte de Urbano ganó mucha reputacion. Parecia que Dios amparaba sus cosas y menguaba las de su competidor. Habia entrado en Italia el duque de Anjou con un grueso campo; falleció empero de enfermedad en la Pulla, provincia del reino de Nápoles: con su muerte se regalaron y fueron en flor sus esperanzas y trazas.

D. Luis, infante de Navarra, tenia deudo con Cárlos, el nuevo conquistador de aquel reino, ca estaban casados con dos hermanas, como se tocó de suso. No pudo hallarse en esta empresa, ni ayudarle, por estar ocupado en la guerra que en Ática hacia con esperanza de salir con el ducado de Aténas y Neopatria, por el antiguo derecho que á él tenían los reyes de Nápoles; mas los principales de aquella provincia, por traer su descendencia de Cataluña, se inclinaban más á los aragoneses, y no cesaban de llamar, ya por cartas, ya por embajadores, al rey de Aragon para que fuese ó enviase á tomar la posesion de aquel Estado ó provincia, como finalmente lo hizo.

Una nueva tempestad, y muy brava, se armó en España entre Portugal y Castilla, que puso las cosas asaz en grande aprieto, y al rey don Juan en condicion de perder el reino. Ligáronse los portugueses y ingleses; juntaron contra Castilla sus fuerzas y armas. Pensaban aprovecharse de aquel rey por su edad, que no era mucha, y no faltaban descontentos, reliquias y remanentes de las revueltas pasadas. Los ingleses pretendian derecho y accion á la corona, por estar casado el duque de Alencastre con la hija mayor del rey D. Pedro; el de Portugal llevaba mal que le hobiesen ganado por la mano, y cortado las pretensiones que tenía á aquel reino de Castilla, á su parecer no mal fundadas, además que al rey D. Juan tenía por descomulgado por sujetarse, como seguia, al papa Clemente, ca en Portugal no reconocian sino á Urbano.

Aprovechóse de esta ocasion D. Alonso, conde de Gijon, para alborotarse conforme á su condicion, y alborotar el reino. Su hermano, el rey D. Juan, porque de pequeños principios, si con tiempo no se atajan, suelen resultar muy graves daños, acudió á la hora á Oviedo, cabeza de las Astúrias, para sosegar aquel mozo mal aconsejado. Junto con esto, mandó hacer gente por tierra, y armar por el mar para por entrambas partes dar guerra á Portugal y desbaratar sus intentos, por lo ménos ganar reputacion. Los bullicios del conde fácilmente se apaciguaron, y él se allanó á obedecer; si de corazon, si con doblez, por lo de adelante se entenderá. Hacíase la masa de la gente en Simancas. Acudió el rey desde que supo que estaba todo á punto; marchó con su campo la vuelta de Portugal; púsose sobre Almolda, villa que está á la raya, no léjos de Badajoz. El sitio y las murallas eran fuertes, y los de dentro se defendian con valor, que fué causa de ir el cerco muy á la larga. Por otra parte, diez y seis galeras de Castilla se encontraron con veintitres de Portugal. Dióse la batalla naval, que fué muy memorable. Vencieron los castellanos; tomaron las veinte galeras contrarias, y en ellas gran número de portugueses con el mismo general D. Alfonso Tellez, conde de Barcelós.



Fuera esta victoria asaz importante por quedar los de Castilla señores de la mar y los enemigos amedrantados, si el general castellano, que era el almirante Fernan Sanchez de Tovar, la ejecutára á fuer de buen guerrero; pero él, contento con lo hecho, dió la vuelta á Sevilla; con que los portugueses tuvieron lugar de rehacerse, y la armada inglesa tiempo de aportar á Lisboa, que fué el daño doblado. Todavía el rey D. Juan, animado con tan buen principio, y confiado que serian semejables los remates, acordó emplazar la batalla á los contrarios. Escribióles con un rey de armas un cartel desta sustancia: que sabia era venido á Portugal Emundo, conde de Cantabrigia, en lugar de su hermano el duque de Alencastre, acompañado de gente lucida y brava; que si confiaban en la justicia de su querella y en el valor de sus soldados, se aprestasen á la batalla, la cual les presentaría luégo que se apoderase de Almolda, y para combatillos les saldria al encuentro espacio de dos jornadas, confiado en Dios que volvería por la justicia y por su causa.

Deseaban los ingleses venir á las manos, como gente briosa y denodada; entretenialos empero la falta de caballos, que ni los traian en la armada, ni los podian tan en breve juntar en Portugal. La respuesta fué prender al rey de armas contra toda razon y derecho. Cerraba en esta sazón el invierno, tiempo poco á propósito para estar en campaña. Retiróse sin hacer otro efecto el rey de Castilla, resuelto de volver á la guerra con más gente y mayor aparato, luégo que el tiempo diese lugar, y abriese la primavera del año de mil y trescientos y ochenta y dos. Tornó el conde de Gijon, mozo liviano, á alborotarse, retiróse á Berganza para estar más seguro y con más libertad; desampararonle los suyos que llevó consigo. Esto y la diligencia de D. Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena, que se puso de por medio, fueron parte para que se redujese á obediencia, y el rey su hermano segunda vez le perdonase. Al tercero, por este servicio y por otros, nombró por su condestable, cosa nueva para Castilla, entre las otras naciones y reinos muy usada; crió otrosí dos mariscales, que eran como los legados antiguos y los modernos maes-

tres de campo, sujetos al condestable; éstos fueron Fernan Alvarez de Toledo y Pero Ruiz Sarmiento. Pretendia el rey, como prudente, con estas honras animar á los suyos, y juntamente hermohear la república y autorizalla con cargos semejantes y preeminencias.

Pasóse en esto el invierno: la masa de la gente se hizo segunda vez en Simancas. La fertilidad de la tierra y su abundancia era á propósito para sustentar el ejército y proveerse de vituallas: luégo que todo estuvo en orden, el rey con toda prisa se enderezó la vuelta de Badajoz, por tener aviso que los enemigos pretendian romper por aquella parte, y que eran llegados á Yelves, distante de aquella ciudad tres leguas solamente. Traia el rey de Portugal tres mil caballos y buen número de infantes: los ingleses otrosí eran tres mil de á caballo, y otros tantos flecheros. En el campo de Castilla los hombres de armas llegaban á cinco mil y quinientos caballos ligeros; el número de la gente de á pié era muy mayor, todos muy diestros, exercitados en las guerras pasadas, acostumbrados á vencer, y sobre todo con gran talante de venir á las manos y á las puñadas, y con las armas humillar el orgullo de los contrarios que emprendian mayores cosas que sus fuerzas alcanzaban.

Todavía el rey de Castilla, por ser manso de condicion, y por no aventurar lo que tenia ganado en el trance de una batalla, acordó de requerir á los enemigos de paz. Para ello envió á D. Alvaro de Castro, para avisar sería más expediente tomar algun asiento en aquellas diferencias que poner á riesgo la sangre y la vida de sus buenos soldados: que la victoria sería de poco provecho para el que venciese, y al vencido acarrearía mucho daño: finalmente, que las prendas de amistad y parentesco eran tales que debian ántes del rompimiento atajar los males que amenazaban, y acordarse cuáles y cuán tristes podrian ser los remates, si una vez se ensangrentaban. Por esto juzgaba, y era así, que á cualquiera de las dos partes vendria más á cuento componer aquel debate por bien que por las armas. Los ingleses daban de buena gana oidas á estas pláticas por estar pesantes de haber emprendido aquella guerra tan difi-